

SALUD
CIENCIAS SOCIALES
HUMANIDADES



REVISTA
**FOLIA
HUMANISTICA**



Fundación
Letamendi
Foms

Número 12
junio-julio 2019

ISSN: 2462-2753

SUMARIO

TEMA DEL DÍA

PÁGINA

COMPRESIÓN Y REPARACIÓN: POR UNA FILOSOFÍA DEL CUIDADO Y DEL DAÑO. MARINA GARCÉS	1
PENSAMIENTO ACTUAL	
DESCUBRIENDO LA IMPORTANCIA ÉTICA DEL CUIDADO <i>MONTSERRAT BUSQUETS SURRIBAS</i>	20
FÁRMACO-CONTAMINACIÓN: UN PROBLEMA DE GRAN ACTUALIDAD JUAN MEDRANO	40
ARTE, SALUD Y SOCIEDAD	
EL TENDÓN DE AQUILES PEDRO ISAAC BARREIRO CHANCAY	51



Fundació
Letamendi-Forns

REVISTA
FOLIA HUMANÍSTICA

Co-directores

Marc Antoni Broggi i Trias (PCBC)
Francesc Borrell (UB)

Jefa de Redacción

Núria Estrach (UAB)

Consejo científico

Juan Carlos Hernández Clemente
Juan Medrano Albéniz
Vicente Morales Hidalgo

Correspondencia

Web:

<http://www.fundacionletamendi.com>

Correo electrónico:

info@fundacionletamendi.com

Envío de manuscritos:

[http://www.fundacionletamendi.com/revista-fo-
liahumanistica/envio-de-manuscritos/](http://www.fundacionletamendi.com/revista-fo-
liahumanistica/envio-de-manuscritos/)

Información editorial

Folia Humanística publica artículos por encargo solicitados a especialistas, así como aquellas propuestas enviadas por los autores y aceptadas tras su evaluación por pares de académicos especializados.

Los textos recibidos se publicaran en la lengua original (castellano, catalán, inglés y francés); los que se consideren de relevancia mayor serán traducidos al inglés y castellano.

Los artículos deben ser originales y acompañados del documento "derechos de autor" que encontrarán en la web, junto a las normas de presentación a seguir.

Cada artículo publicado al final tendrá especificado la referencia de citación, donde se incluirá el número DOI @.

Distribución

La Revista Folia Humanística es de libre acceso a consultar online.

<http://www.fundacionletamendi.com/category/revista/>

Folia Humanística es una revista internacional que tiene el doble objetivo de fomentar, por un lado, la reflexión y el debate público en el ámbito de la Salud, Ciencias Sociales y Humanidades, y por el otro, la colaboración entre distintos equipos de investigación nacionales e internacionales que dinamicen el diálogo entre la filosofía de la medicina, la salud pública y la justicia social. Dividida en "Tema del día", (artículos para el debate), "Pensamiento actual", (artículos críticos de novedades editoriales), y "Arte, Salud y Sociedad", la revista se esfuerza en fortalecer las conexiones entre la investigación académica, la práctica clínica, las experiencias de los pacientes y sus implicaciones éticas y estéticas en la sociedad. Todo ello con la intención de favorecer la reflexión entre diferentes disciplinas sobre temas de actualidad y las tendencias más novedosas en el campo de las Humanidades y la Salud.

EL TENDÓN DE AQUILES

Pedro Isaac Barreiro Chancay

Resumen: En estas páginas el reconocido médico y escritor ecuatoriano Pedro Isaac Barreiro relata su experiencia de ser paciente. Nuestro autor nació en Santa Ana, pequeña población cercana a la ciudad Portoviejo, capital de provincia de Manabí (Ecuador), el 3 de julio de 1949. Médico de Atención Primaria, salubrista y epidemiólogo, tiene una extensa obra poética, narrativa además de la estrictamente profesional.

Palabras clave: *narrative medicine, accident*

Abstract: *THE TENDON OF AQUILES*

In these pages the renowned Ecuadorian doctor and writer Pedro Isaac Barreiro explains his experience of being a patient. Our author was born in Santa Ana, small town near the city of Portoviejo, capital of the Province of Manabi (Ecuador), on July 3, 1949. Primary Care Physician, health professional and epidemiologist, has an extensive poetic and narrative work, in addition of the strictly professional articles.

Keywords: *narrative medicine, accident*

Artículo recibido: 9 abril 2019; **aceptado:** 9 julio 2019.

A Marcelo Bonilla

Todo comenzó el mediodía de ese sábado cuando nos reunimos, un poco más temprano que de costumbre, para conversar y “hacer deporte” en un hermoso y extenso potrero, en el que, para completar su estampa de cancha de fútbol, se habían instalado dos arcos con sus respectivas redes de piolas anudadas. Ya repartidos en dos equipos de seis jugadores cada uno (alrededor de 300 años a cada lado). Luego de unos poquísimos minutos de calentamiento para aflojar las coyunturas y de estiramientos para poner a punto las casi virtuales masas musculares, comenzó el partido en medio del griterío de las mujeres (esposas, por supuesto) que, de cuando en cuando, se veían obligadas a suspender su animada conversación para celebrar algún esporádico acierto o, más a menudo, para chiflear un puntapié al aire o un resbalón intrascendente de cualquiera de los jugadores.

Como estos partidos se juegan sin árbitros, casi sin reglas y, eso sí, sin límite de tiempo, generalmente se acuerda que el equipo que recibe el primer gol se saque la camiseta y que al tercer gol se cambie de cancha para comenzar un segundo tiempo que puede durar diez minutos o una hora y hasta más. No hay posiciones adelantadas y los “fouls” son prácticamente inexistentes gracias a la camaradería con la que se comparte la pelota.

Metimos el primer gol y lo celebramos como si hubiéramos clasificado para el próximo mundial, es decir corriendo como locos tratando de alcanzar al goleador que había salido disparado como alma que lleva el diablo, con los brazos en alto y con los dedos índice y anular extendidos al máximo, haciendo la muy conocida señal de la victoria. Una vez que lo alcanzamos, vinieron las merengueadas, los abrazos y los consabidos revolcones por el suelo. Poco nos importó que un minuto más tarde “los del otro equipo” nos metieran también un gol, con lo cual el juego se puso más candente todavía. Tan candente que la pelota no volvió a acercarse a ninguno de los arcos y toda la tremolina de dribles, caídas, chanfles y empujones se producía en la mitad de la cancha con gran consumo de energía de los doce gladiadores que, para ese momento ya estaban empapados en sudor y con la mitad de su lengua casi afuera. Afortunadamente, en medio de esa confusión, un verdadero cañonazo de uno de los defensas envió la pelota a la finca vecina y, con los pulmones a medio reventar, pudimos sentarnos sobre la hierba a tomar un poco de aire y otro tanto de agua fresca.

¡Qué maravilla!

Y ya con un poco más de oxígeno en el cerebro, antes de que regrese el comedido que se fue a recuperar el balón, muy inteligentemente decidimos que, para que las mujeres no estén tan solitas, era mejor terminar el partido a los dos goles. Dicho en pocas palabras, el que metía el segundo gol ganaba el partido.

Así es que reiniciamos el corre corre tras la pelota, con la oculta esperanza de que pronto nos metieran el segundo gol para poder respirar tranquilos y descansar de verdad luego de la brillante y agotadora demostración de fútbol que, según nosotros, habíamos dado a nuestras esposas y a dos gordas vacas que,

indiferentes, y seguramente sin entender por qué nos agitábamos tanto, se paseaban muy orondas por los alrededores de la cancha.

Fue entonces cuando, ya sin una pizca de aire en mis pulmones, me quedé parado, tratando de respirar, casi inmóvil, en lo que me parecía que era la mitad de la cancha (*el medio campo*, para usar términos deportivos). En ese mismo instante, escuché el grito de El Pequeño que me decía:

-¡Vamos Perico! ¡Ahora Perico! ¡Pásamela!

Vi como la pelota se acercaba rápidamente hacia mí, me di cuenta de que no había nadie del otro equipo a mi lado y, cuando me disponía a ensayar la mejor de mis gambetas para devolver elegantemente el pase...

¡ PAFFF...! ¡ Sentí algo así como un hachazo detrás de la canilla de mi pierna izquierda y me doblé como derribado por un rayo ! Lo último que escuché en ese momento, fue la insistente voz del Pequeño que, seguramente pensando que yo estaba practicando alguna novedosa y desconocida finta, seguía gritándome:

-¡Pásamela Perico, pásamela...!

-¡Pásamela Perico, pásamela...!

-¡Pásamela Perico, pásamela...!

Y no recuerdo nada más. Cuando abrí los ojos, tenía a los once jugadores a mi rededor, tratando de reanimarme, estirándome y encogiéndome las piernas y discutiendo acerca de lo que me había pasado. Yo mismo no lo sabía y, por lo tanto, no podía decirles que no me estiraran las piernas. Hasta que un sonoro *¡ayayay!* los alejó un poco a todos y, claro, como la mayoría eran médicos, se dieron cuenta del problema:

-¡Chuta! ¡Se le rompió el tendón!

-¡Qué bruto! ¡El tendón de Aquiles!

-¡Ayayay! ¡Suéltenme la pierna! ¡Se me rompió el tendón!

Así es que allí mismo se terminó el que parecía que iba a ser un interminable partido de fútbol, y yo, casi en brazos de dos de mis compañeros de equipo, fui depositado en el cómodo asiento del copiloto de nuestro viejo automóvil Lada, mientras Alba Sánchez se prodigaba en atenciones tratando de aliviarme un tanto el dolor para llevarme a un hospital. Allí se confirmó el diagnóstico, se me colocó una valva de yeso –desde el muslo hasta el pie- para evitar los movimientos y el dolor, y se me recomendó permanecer en reposo o desplazarme lo mínimo necesario apoyado en muletas, hasta el día de la indispensable reparación quirúrgica del tendón.

Una de aquellas mañanas de reposo obligado en casa, mientras tomaba tranquilamente el desayuno, recibimos la llamada del hospital. Nos informaron que me estaban esperando para la cirugía y que, por favor, nos diéramos prisa para realizar los procedimientos burocráticos y médicos previos a todo acto quirúrgico. Cuando llegamos al hospital, los guardias, muy cumplidores de su deber, no nos permitieron la entrada de nuestro vehículo “porque no era un caso de urgencia” y porque los casos como el mío, con problemas en las piernas, debían ingresar en una ambulancia de la propia institución y haciendo sonar la sirena.

No discutimos. Me bajé del automóvil muy cerca de las rejas de la entrada al servicio de Urgencias, que queda a unos treinta metros de la entrada al edificio. Me despedí de mi mujer y, patojeando lo más rápidamente posible, llegué por fin a las puertas de cristal. Detrás de las cuales, afortunadamente, me estaba esperando un auxiliar de enfermería que me conocía y que, sin preguntarme nada, me hizo sentar en una silla de ruedas. Me dijo que levantase las muletas sobre mi cabeza y me llevó, a una velocidad propia de un fórmula-1, a una habitación del servicio de traumatología, donde ya me esperaba una enfermera muy pulcra que me recriminó no haber estado a tiempo en el hospital “para prepararme”, es decir, para administrarme la medicación pre-anestésica, realizarme una buena rasurada de la pierna y para la obligatoria enema a la que yo tanto temía. De inmediato me ordenó que me quitase toda la ropa y me entregó una horrorosa bata, de color indefinible, sin mangas y abierta por la espalda, para que me la pusiera de inmediato pues ya me estaban esperando en la sala de operaciones.

Rengo como estaba, y haciendo acopio de mis escasas dotes de equilibrista mientras saltaba “en chulla pata”, logré quitarme la ropa y los zapatos, y cuando estaba a punto de ponerme la horripilante bata, escuché una voz femenina que, con gran autoridad, me ordenó:

*-Le dije **toda** la ropa.*

Y puso tal énfasis en ese **toda**, que, medio asustado, empecé a quitarme la última prenda de vestir que me quedaba: un hermoso calzoncillo estampado, nuevecito, que guardaba para alguna ocasión especial, pero -por supuesto- no tan especial como ésta. Ya totalmente desnudo, indefenso y *lluchitico* –como dicen en esta tierra-, casi le arranché la horrorosa bata –que en ese momento ya me parecía hermosa-, me la puse de la mejor manera posible, y, de inmediato, me entregaron una especie de carpeta de metal plateado en la que estaban mis datos. Me hicieron sentar en otra destartalada silla de ruedas que, por su aspecto, más parecía parte del patrimonio de algún museo de historia de la medicina, pues tenía solamente la mitad superior del espaldar y carecía de apoyo para los pies, y me dijeron:

-¡A sala de operaciones...!

Con los pies casi arrastrando –no tenía dónde apoyarlos-, adolorido, con toda la espalda y la nalga al aire, y con las manos ocupadas sosteniendo el expediente clínico, recorrimos la interminable distancia que hay desde la habitación hasta el ascensor, mientras algunos médicos conocidos me saludaban y, sonrientes, me preguntaban lo que me estaba pasando. Cuando nos detuvimos a esperar el ascensor –siempre congestionado- la situación empeoró pues ya no eran solamente médicos, enfermeras y auxiliares de enfermería quienes pasaban a mi lado, si no también visitantes a médicos, personal de limpieza, funcionarios y, por supuesto, “público en general” que a esas horas suele deambular, casi libremente, por el hospital. Entonces, tratando de seguir las recomendaciones de algunos libros de autoayuda, tan de moda entonces como ahora, y casi convencido de que el tiempo se había detenido para siempre, yo ensayaba la mejor de mis sonrisas mientras íntimamente sentía morir de la vergüenza.

Ya en el quirófano, medio muerto de frío, y rodeado por algunas personas - hombres y mujeres- cubiertas con mascarillas, me acostaron sobre una helada mesa de operaciones. La doctora anestesista comenzó a explicar -a quienes seguramente debían ser médicos posgradistas- los procedimientos para administrar una anestesia peridural y me pidió que me sentara. Ella se ubicó detrás de mí y me dijo que cruzara los brazos, que me agachara y tratara de poner mi cabeza entre las rodillas. Acto seguido empezó a presionar con un dedo sobre la parte más sobresaliente de mis vértebras lumbares, y, de inmediato sentí un escalofrío producido por el contacto de algún desinfectante sobre la piel de la parte baja de mi espalda. Entonces me dijo:

-Voy a ponerle la anestesia. Va a sentir un pinchazo y luego una especie de temblón y adormecimiento de las piernas.

En realidad, aparte del pinchazo ocasionado seguramente por una aguja, no experimenté ninguna otra molestia y me sentí más tranquilo gracias al profesionalismo y destreza demostrados por quienes me estaban atendiendo en ese momento. Muy comedidamente me informaron que dentro de pocos segundos sentiría calor en ambas piernas, pero que no debía preocuparme, pues ése era el efecto esperado de la anestesia. Sentado como estaba, comprobé que podía levantar un poco las rodillas y mover los dedos de ambos pies. Avisé que no sentía el esperado calor que me habían dicho y obtuve como respuesta que no importaba, que eso era “producto de mi nerviosismo”.

Unos cuantos minutos más tarde me dijeron que me iban a ayudar a acostar, pero yo les dije que podía hacerlo solo, pues, aunque con un poco de dificultad podía mover mis piernas y toda la parte inferior de mi cuerpo. Así es que me acosté, me acomodé lo mejor que pude sobre la mesa de operaciones y pedí que me cubrieran pues sentía frío. Entonces escuché la voz de la anestesista que, parada cerca de la cabecera de la mesa les dijo a sus alumnos:

-Algunos pacientes muy aprensivos creen sentir dolor a pesar de tener bloqueados sus receptores. Es un asunto puramente psicológico. Ya lo verán...

Nuevamente se acercó a mí y me dijo que cerrara los ojos y que le avisara cada vez que sintiera que me tocaban la pierna. Primero lo hizo con un algodón, luego con algún objeto metálico romo, y cada vez que lo hacía, se producía este monótono diálogo:

-¿Siente?

-¡Sí!

-¿Siente?

-¡Sí!

-¿Siente?

-¡Sí!

Cinco, seis veces, con los mismos resultados. Un poco exasperada, pidió una pinza quirúrgica –son pinzas con dientes puntiagudos en sus extremos- y me pegó un pellizco en la canilla que me dolió tanto que no pude menos que decirle en alta voz:

-¡Ayayay! ¡Me duele, me duele mucho!

Entonces, ya un poco más alejada de la mesa de operaciones dijo:

-Esperemos unos minutos “para que le coja bien” la anestesia...

Pero entonces llegó el cirujano. Me dijo que me acueste boca abajo, pero que no me preocupe pues nada me iba a pasar, y rápidamente procedió a la limpieza y desinfección de toda la pierna. Luego la envolvió en un sinfín de sábanas grandes y pequeñas (los campos operatorios) y preguntó a todo el equipo si estaban listos. Como seguramente todos asintieron, de inmediato dijo:

-Empezamos. Bisturí...

El instante en que el bisturí empezó a cortar mi piel, sentí un ardor insoportable, como si una brasa ardiente se abriera paso dentro de mí, y, sin poder soportar el dolor, instintivamente intenté retirar la pierna, al tiempo que lanzaba un

sonoro *¡¡¡Ayayaaaay!!!* que, magnificado por el ruido metálico de las pinzas, tijeras, separadores y más instrumental que caía al piso, debe haber retumbado en todos los quirófanos del hospital...

-¡Qué relajo! ¡Otro anestesista! Anestesia general... vamos... otro paquete...!

Llegó otro médico -anestesiólogo seguramente-, y mientras intentaba calmarme, me dijo que me iba a inyectar algo directamente a la vena y que comenzara contar:

-...uno... dos... tres... cuatro...

Y no recuerdo nada más hasta cuando alguien todo vestido de verde, con mascarilla y gorro, y con su conocida y amistosa voz me decía:

-¿Cómo estás? ¡Despiértate! ¡No seas marica! ¡Cómo has gritado!

Tres horas más tarde, después de haber estado un largo rato en la sala de recuperación, fui llevado en una camilla a mi habitación. Allí estaba -¡por fin!- Alba Sánchez, esperándome con el encanto de su mirada y riéndose de mi espantoso aspecto, característico de los recién operados. Su abrazo fue suficiente para recuperarme del todo y para confesarle que me estaba muriendo de hambre, de sed y de ganas de regresar cuanto antes a nuestra casa. Así es que, desoyendo irresponsablemente las recomendaciones del personal del hospital, solicité ser dado de alta, y de inmediato, sorbiendo un delicioso yogurt de mora, iniciamos el camino de regreso, ella adelante, manejando, y yo cómodamente sentado en el asiento posterior del vehículo y con la pierna enyesada sobresaliendo por una de sus ventanas, recibiendo, a través de los dedos desprotegidos, el gélido viento de los atardeceres quiteños.

Llegamos a la casa y apenas salido del automóvil, un poco mareado todavía, me coloqué las muletas debajo de las axilas y di mis primeros pasos del post-operatorio. Óscar estaba feliz al sentirme nuevamente de regreso y, como siempre, salió a recibirme corriendo y saltando con todo su entusiasmo, esperando mi abrazo

y mis halagos. Lo vi acercarse hecho una tromba, moviendo la cola y ensayando la mejor de sus sonrisas. Tuve miedo y ganas de reír. Y aunque le grité con todas mis fuerzas...

-¡¡No Óscar, ahora no!! ¡Nooo...!!

Demasiado tarde. Óscar había saltado hacia mí y ambos rodamos por el suelo, enredados en las muletas, y en medio de incontables lengüetazos, rasguños, pataleos y sonrisas.

Pedro Isaac Barreiro Chancay

Cómo citar este artículo:

Barreiro Chancay, P., "El tendón de Aquiles" *Folia Humanística*, 2019 (12): 51-59. Doi: <http://dox.doi.org/10.30860/0055>

© 2019 Todos los derechos reservados a la *Revista Folia Humanística* de la Fundación Letamendi Forns. This is an open access article.